

Unidos por la nada



Desde una silla de rueda, le tocó vivir el reto de ser adolescente. Bicicleta amarga, donde sus manos, se transformaron en pedales. Medio cuerpo muerto, arrastrado por la vida. Demasiado lastre, para poder vivir tranquilo en este mundo. Justo a esa edad en que el acné, azota sin piedad en pleno rostro y sin embargo, hasta una pequeña pústula, es vivida como un enorme cataclismo, como un huracán embravecido, azotando a un frágil velero en el medio de la mar.

Con la silla de ruedas todo el tiempo, desde los doce años. Todos los días, rueda y rueda, rodando por la vida. Desde la cama, rueda hasta las ruedas de la silla y desde ahí, hasta el baño. Y desde el baño, al laberinto del cosmos y los cordones de las aceras sin rampas. Hasta lo más pequeño, se le tornó difícil. Al final, todo se volvió cicloide, mientras los círculos giraban en sus ejes, para un lado y para el otro. Curvas cicloidales, que se echaron a correr por lugares de geometrías dudosas. Cada rueda cuando rueda en su plano, es un círculo perfecto; y es en esa circularidad, la manifestación sublime del infinito y de la eternidad. Como el infinito y eterno sufrir de cada día, igual al otro.

Cobardía heroica de salir y enfrentarse con el mundo, desde una carroza sin caballos, sin ver la necesidad de fingir ese valor que a veces tenía y otras, le faltaba. Valiente ante las calles, los autos, las subidas, los ascensores y los perros, pero muy miedoso ante las faldas de una mujer hermosa que le movilizaba las hormonas de sus veinticuatro años - *Cobarde, no sos más que un pobre cobarde. Té falta valor para hablarle. Y huyéndole, seguís por ahí, escondido entre tus miedos. Cobarde, tan solo sos un pusilánime cobarde. Pero más temprano que tarde, te vas a arrepentir...* - se martirizaba desde el día en que la conoció y no se atrevió a saludarla, ni a decirle un inocente piropro.

Todas las tardes, a las seis en punto, ella esperaba a su transporte en la parada de la calle Brasil, en su intersección con La Rioja. Era delgada y alta; piel trigueña y ojos de color marrón amarillo, como la miel; sus cabellos, parecían esculpidos y le bajaban hasta más allá de sus hombros, en suaves ondas; a veces, muy pocas veces, los recogía con un moño; de un color negro rojizo y llamativamente largos, casi siempre hacían juego con su remera escotada. Unos pantalones de Jean, de desteñido color azulino, le enmarcaban una curvilínea anatomía, que atraía las miradas masculinas. Siempre sostenía una pequeña cartera, bajo su axila.

Se enteró que se llamaba Selene y que trabajaba en una juguetería. – *¡Demasiado hueso para este perro...!* – sarcástico e irónico, el vendedor de diarios de la misma esquina, no anduvo con eufemismos a la hora de hacerle tomar conciencia de la cruda realidad. Pero Fidel, igual se quedó mirándola embobado, desde su trono móvil, mientras ella subía al colectivo.

- *No te preocupes. Cada día me repito que me tengo muy malas noticias... Dejarla ir de mi vida, olvidarla. Esa es la clave. Pero no es fácil, ni es simple. Duele... Y ese dolor, me hace sentir mucho más, la ausencia de mis piernas. Porque ella me atrae, no solo por su cuerpo... sino que tiene algo tan profundo, tan intenso, que mirarla me llena mucho más allá, del simple contemplar a un cuerpo hermoso.*
- *¡Ni siquiera hablaste con ella! Después de todo, a una mujer no se la quiere por lo que dice, sino que queremos lo que dice, porque la queremos... - filosofó desde sus canas, el experimentado canillita.*
- *No me importa lo que ella diga o deje de decir... la amo, más allá de toda lógica.*

Fidel hacía mucho tiempo que se había refugiado en el deporte, pues se había negado a quedarse sentado, mirando pasar la vida, sin hacer nada. Había dejado de ver como rival a la gimnasia. Las miradas piadosas de la gente y su autoestima por el suelo, no consiguieron derribarlo. Y un día se largó a jugar básquet, en una silla de rueda.

Al principio estaba retraído, introvertido y le costaban horrores, integrarse al equipo de parapléjicos. Sucede muchas veces que cuando se está desintegrado interiormente, cuando uno no se acepta a sí mismo y se evade, tampoco puede integrarse. Una rutina de ejercicios muy exigente, le demostró que en ese lugar, no habría complacencia para nadie. De entrada le hicieron entender, que no eran un grupo de minusválidos haciendo deporte, sino verdaderos deportistas que luchaban por sus objetivos, como cualquiera. Y con el básquet, no sólo mejoró físicamente, sino también su espíritu y su relación con los demás.

Si jugando, alguno caía de su silla, sus entrenadores les dejaban que se levantaran solos. Así aprendió a sentarse en las sillas deportivas, de tal manera que él y su sillín, fuesen una sola cosa; y con sus rodillas por encima de la cadera, gracias a los apoyos pies, se mantenía firme y bien sujeto. De este modo, pudo dominar el arte de desplazarse y de lanzar el balón, hasta las alturas de un aro, a tres metros del suelo.

Últimamente, Fidel se movía en su silla, con pericia consumada. Una remada continua, una remada alterna, una frenada brusca o una remada en retroceso, se entremezclaban con cautivantes giros invertidos. La ley de gravedad se detenía por un rato, para dejar pasar a sus enloquecidas dos ruedas.

Era increíble ver lo lejos que lanzaba la pelota, con una sola mano. O la exactitud con que la colocaba, cuando la arrojaba desde arriba de su cabeza, utilizando las dos manos. Sorprendía con sus salidas rápidas, o cuando hacía rotar el balón, o como descargaba o manejaba los rebotes.

Fidel se había cubierto la espalda y parte de sus brazos, con grandes tatuajes. Los tatuajes siempre comunican algo, reemplazando a las palabras. Vuelven al cuerpo palabra. Perduran más que ellas, que se pierden y se olvidan. Son la marca indeleble de nosotros mismos y de nuestro grupo. Representan – acertada o no - nuestra elección. Y mientras todo cambia, ellos permanecen inalterables y eternos. Son la lucha perenne, contra el olvido cruel. Alguien señaló que así como el ombligo marcaba el inicio de la vida, el tatuaje, señalaba él de la vida adulta.

Trató de no volver a cruzarse, con Selene. Pero mientras más quería olvidarla, más la recordaba. Por un rato, contemplarla desde la otra vereda, le producía un placer extraño. Pero era solo por un rato. Luego lo embargaba la soledad y el sabor amargo, de no haberse animado siquiera a saludarla.

Un día de lloviznas grises y vientos juguetones, juntó fuerzas y cruzó la calle - *¿Podré hablarle mañana, a esta misma hora?* - se preguntaba. - *¿Y si hoy la saludo...? No. Es mejor mañana. Dejar todo para mañana...* - se repetía, mientras le faltaba el aire, el corazón le palpitaba desbocado, las manos le temblaban y solo pensaba en huir, escaparse. La vidriera de una tienda, le proporcionó un transitorio alivio. Fue la excusa ideal para detenerse, serenarse y respirar hondo.

- *¿Pensás hablarme, alguna vez... o te vas a seguir haciendo el distraído?*- detrás de él, una suave voz femenina le habló, apenas un poco más alto que un susurro. Y casi se le detiene para siempre, su corazón tan tímido. Cuando temblando hizo girar la silla, una Selene sonriente, se le apareció delante de su rostro. Sintió que si la misma luna hubiese bajado para charlar con él, no se hubiese sorprendido tanto.

Un ruidoso colectivo cruzó veloz la bocacalle, sin detenerse en la parada. En la parada, no había nadie. Ni siquiera estaba Selene. Selene estaba en otras cosas, demasiado entretenida y conversando con Fidel. Enfrascados en una charla atrasada; demasiado atrasada, pues ambos la habían estado esperando como el desierto al agua, desde un tiempo muy lejano.

- *Te invito a tomar un café. Al fin y al cabo, es solo un café* - dijo alguno de los dos. Y así, sin presiones, relajados, sin pensar en lo que pasó, pasará o nunca pasó... dejando que todo se marchase sin ellos, terminaron sentados, en un lugar bien apartado, del bar de esa misma esquina.

Fidel se sorprendió entre otras cosas, del discurso tan humanitario de Selene. Si antes la había amado y no la conocía, ahora, le parecía casi sublime - *Las viviendas deben estar concebidas de por sí, para las personas discapacitadas. Tienen que construirse con un diseño universal, que incluya rampas en el acceso a los portales o con el ancho especial de los ascensores* - proclamaba ella, como si fuese una verdadera especialista en el tema.

Él le habló sobre su vida, su niñez, su enfermedad, sus alegrías y tristezas, sus vacíos, desatinos y de tantas frustraciones. Sobre la muerte en vida y de todos estos años de risas y de lágrimas, de infinitas tristezas imposibles, de perpetuos vacíos putrefactos y de algunas sonrisas a empujones. Y también de escondidas soledades, de abismos infinitos y de lentos cambios en su forma de pensar, para poder sobrevivir.

- *Tenés que cambiar tu imagen interna, Fidel* - le contestó ella, con una sonrisa tan dulce, que hasta los terrones de azúcar, enrojecieron de vergüenza - *Aprende a cerrar tus ojos, Fidel, y a contemplar tu imagen interna ¿cómo la ves? ¿Cómo ves a tu físico, a tus emociones? ¿En que postura te ves? ¿Te ves acaso robusto, sobrepasando obstáculos? ¿O aniquilado por las circunstancias? ¿Te ves como un triunfador, o descorazonado? ¿Te ves simpático, atrayendo a las personas, o abandonado? ¿Dueño de las situaciones o víctima de las circunstancias? Crea tu propia imagen interna, Fidel. De acuerdo con lo que quieres ser, en eso te vas a convertir...*

- *Es muy fácil hablar y hablar, Selene... Pero estar en mi lugar... te digo la verdad, no se lo deseo a nadie* - le respondió con tristeza, mientras apuraba el último sorbo de su café, que se le había enfriado.

Ella se limitó a sonreírle. Luego miró por la ventana y respirando hondo, juntando todas sus fuerzas, se agachó y desarticuló sus dos piernas ortopédicas, disimuladas bajo los pantalones, a las cuales colocó con suavidad y recato, sobre una silla cercana – *Un accidente automovilístico, a los seis años...* - agregó con determinación. Los ojos abiertos de Fidel, en actitud de mayúscula sorpresa, denotaban su casi imposibilidad de creer, en lo que estaba viendo.

Selene, desde muy pequeña tuvo que acostumbrarse a convivir con la nada. Para ella, esa nada, no era una simple entelequia de su imaginación. Era una cruda realidad, que un día hecho raíces en el lugar de sus dos piernas. Era la ausencia absoluta de dos piernas, hecha nostalgia. Un cuerpo con la nada a cuestas, siempre, a toda hora. Su cuerpo transformado, se volvió consciente de que esa nada de nada, siempre estaría con ella. Su cuerpo pasó a mostrarles a todos esa ausencia. Pero esa ausencia le hizo tomar más conciencia del ser que todavía era. Y valoró la vida. Y luchó y salió para adelante.

– *Hay mucho de nobleza en nuestras nadas, Fidel* – agregó ella, estampándole un beso prolongado a sus labios tan absortos.

Un día me bajé del auto a comprar el diario, justo en esa esquina. Me contó el canillita, que los dos sobrevivieron juntos, llenando sus vacíos y ausencias, con sopa de fideo, con pan tostado, con agua abundante y con mucha, muchísima ternura y pasión - *¿Qué es la vida sin pasión? Solo un transcurrir de soles, lunas y estrellas, vacías y muy grises... como si estuvieses amputado* – solía contestar Fidel.

Fin
Fin